



JOANA BONET

CHACÓN

La mujer que pudo gobernar

PENÍNSULA

Chacón

La mujer que pudo gobernar

Joana Bonet

© Joana Bonet, 2022, por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 2.955-2022
ISBN: 978-84-1100-056-7



Índice

Introducción. Un corazón al revés	13
1. Sin harina. Nava de Roa, 1936	25
2. Gran Price	31
3. Autostop y penalti	37
4. Casa de lactancia	43
5. Los años invisibles	49
6. La niña vale mucho	56
7. Rumbo a Mánchester	63
8. A cincuenta bajo cero en Montreal	70
9. Los jóvenes turcos	78
10. Todo por un sueño	102
11. Ha nacido una estrella	106
12. Los cuadernos de Carme	122
13. El zapaterismo	135
14. Hija de la luna	150
15. El amor, la crisis	171
16. Setenta días y setenta noches	175
17. Una boda entre viñedos	184
18. «La Catalunya optimista»	193
19. Capitán, mande firmes	198
20. Se llamará Miquel	210
21. El marido de Carme	214

22. Código de seguridad	220
23. Un antiguo tormento	230
24. Alboroto en la prensa	236
25. Estudiar las estrellas	246
26. Los muertos	257
27. Lo personal es político	263
28. En retirada de Kosovo	267
29. <i>Christmas</i> en Afganistán	274
30. La seducción	287
31. Mala visibilidad en Haití	293
32. Restitución del honor	299
33. 15-M: la crisis de la izquierda	311
34. «¡Para el tanque, como en Tiananmén!»	321
35. Hotel Renacimiento: la derrota	332
36. Carme tiene un plan	356
37. La vida en Key Biscayne	363
38. Si se dice izquierdas, se hace izquierdas	366
39. «Vestida de Chanel y socialismo»	375
40. El último año de su vida	381
41. La plenitud	386
42. El paso de los atunes	394
Epílogo. San Juan de los Terreros	401
Agradecimientos	407
Índice onomástico	409

Sin harina. Nava de Roa, 1936

Tenían trigo, pero les faltaba el pan. Soldados italianos y españoles recibían toda la harina que se molía en Nava de Roa, Burgos. Así lo imponía la Guardia Civil. Poco importaba que los demás se murieran de hambre. La bisabuela materna de Carme Chacón, Sotera Serrenes García, salía en busca de comida. Al filo de la medianoche, liderando un grupo de mujeres que quería dar de comer a sus hijos, emprendía el azaroso camino. El puesto de mando se hallaba a unos cuantos kilómetros de allí, en Roa de Duero. Y aprovechando que el corazón de la ribera estaba bendecido por encinas y álamos que rugían en la noche y lograban distraer los pasos, estas mujeres se armaban de valor para adentrarse en la intemperie provistas de unas precarias linternas. Un grupo de vecinos las vigilaba mientras ellas arreaban tres mulas, las cargaban de sacos de trigo y se encaminaban hacia un pueblo de Segovia. Más de veinticinco kilómetros recorrían aquellas mujeres calzadas con botas de campo y envueltas en mantos oscuros y remendados, que se confundían con el follaje, hasta llegar a un molino ya en desuso, donde un hombre avisado se quedaba con la mitad de cada saco que molían. Regresaban aún al amparo de la madrugada, el pueblo dormido, a salvo del eco de las botas de los guardias, calculando palmo a palmo

el riesgo. La bisabuela de Carme Chacón entraba en la cocina, encendía el horno, agarraba a los hijos más pequeños, arracimándoselos para liberarse del miedo, amasaba la harina con la misma satisfacción de una atleta victoriosa y horneaba el pan, a tiempo para que el aroma a vida desapareciera en la mañana, a la hora en que los guardias iniciaran su primera ronda. A su hija Severina, la mayor de cinco —Natividad, Valeriana, Juana y Pablo— no le gustaba el campo. Desde muy pequeña le decía a su madre que quería trabajar en la ciudad. Había leído lo suficiente para anhelar la luz de las farolas, los cafés humeantes, los tranvías y los sombreros.

El padre de Severina, Gonzalo Liras Cerezo, formaba parte de la cooperativa El Porvenir, que habían constituido un grupo de vecinos republicanos para comprar aperos para la labranza. No sabía leer ni escribir, pero junto a otros hombres de izquierdas se reunían en la Casa del Pueblo, una asociación sindicalista. No podían imaginar que por esa actividad y no ir a misa el cura don Gaudencio y los falangistas anotarían sus nombres en la lista negra y les tomarían las filiaciones.

A Gonzalo, Sotera y su numerosa prole la guerra los encontró en una casona llena de mocos, delantales y el anhelo de una vida nueva. Gonzalo Liras no se atrevía a pedir un permiso para ir a trabajar fuera, a Valladolid, donde pudiera ganar unos chavos, porque sabía que el alcalde no se lo concedería. Aun así, el hombre se sentía a salvo porque, a pesar de sus ideales socialistas, nunca había transgredido ningún orden, y repetía a los suyos que jamás había robado, un detalle que, en aquellos tiempos desbocados de extrema necesidad, suponía una garantía de honradez. Pero entonces, la honradez no era retributiva.

Eran las nueve de la noche y estaban a punto de cenar

cuando, el 24 de agosto de 1936, llamaron a la puerta. La hija mayor, Severina, tenía doce años. Su padre le pidió que abriera: «Sal a ver quién es». Quizá se trataba de un amigo, había que pensar en lo normal. Eran dos vecinos, uno de ellos el guarda a quien pagaban un jornal entre todo el pueblo para que vigilara el campo. Gonzalo los invitó a pasar y a echar un trago.

Cuando en 2007 entrevisté a Severina, la abuela materna de Carme, me detalló aquella conversación con los diálogos incorporados.

—No, no, sal y te espero aquí, Gonzalo, que tengo prisa. Es que te esperan en el Ayuntamiento —le dijo el vigilante.

—¿Para qué? Si no he oído nada a nadie de ningún jaleo...

El vecino respondió:

—Sí, hay unos cuantos ya que están esperándote.

El padre iba en mangas de camisa, el calor enturbiaba la noche, pero el hombre lo animó a que se pusiera la chaqueta.

—Luego tendrás frío de madrugada.

—¿Vamos a estar mucho rato?

—Pues no lo sé.

«¡Mira si lo sabía! ¡De sobra!», recordaba la abuela de Carme Chacón, siete décadas más tarde. «Pasó una hora y mi madre me dice: “Vete al Ayuntamiento, a ver qué pasa, hija”. Con que me voy a la plaza y veo luz en el Ayuntamiento. Entonces me viene uno y me dice: “¿Tú dónde vas, moza?”. Le respondo que a casa de mi abuela, y que luego tengo que volver a la mía. Y me dice: “Pues por aquí ni te quiero ver. Vete por arriba, por las bodegas”. Le cuento todo a mi abuela y volvemos dando la vuelta por la parte de arriba para bajar a mi casa. Teníamos miedo, quie-

tos todos allí sin dormir, esperando, hasta que ya no lo vimos más.»

La noticia se la dio un primo de un pueblo vecino que era guarnicionero. Los asesinos le habían encargado que enterrase los cuerpos. Veinte hombres en un pueblo de no más de doscientos, una masacre. El primo, que conocía a muchos de los asesinados, se negó: «Si queréis, me enterraréis con ellos, pero yo esto no lo hago». Y cogió la bicicleta en dirección a Nava, pedaleando fuerte, pero con el orden en su cabeza, eso que no podía perder: la dignidad.

Muchos años después, en 2011, en un documental dirigido por Isabel Coixet, *Escuchando al juez Garzón*, que recogía sus investigaciones acerca de los crímenes del franquismo, la bisnieta de Gonzalo, Esther Liras García, hija de Pablo, el hermano pequeño de Severina, le prestó su voz:

Me llamo Gonzalo Liras Cerezo. La noche del 24 de agosto de 1936, mientras cenaba en familia, cinco hijos pequeños a la mesa, me avisaron dos vecinos de toda la vida que requerían mi presencia con urgencia en el Ayuntamiento. Les invité a echar un trago mientras acababa de cenar y me dijeron que no había tiempo que perder. Mi familia no me volvió a ver. Ni a mí, ni a los otros diecinueve vecinos que, como a mí, sacaron de sus casas aquel día con nocturnidad y alevosía. Nos dieron paseo y nos dejaron en alguna cuneta de los alrededores, no sabemos dónde. Sin juicio, sin derecho a defensa, sin motivos, sin razón.

Hoy, 22 de febrero de 2011, sus nietos, sus hijos, aún les seguimos buscando.

A Severina no le quedó más remedio que ponerse en primera línea, al lado de su madre embarazada, trabajar en aquel campo castellano y dedicarse al cultivo de las exi-

guas tierras que poseían, a pesar de su desazón. Dormía en la era para vigilar el trigo y la cebada, aunque luego buena parte se lo quedaban los soldados. En su memoria quedó grabada la buena cosecha que hubo el año en que mataron a su padre y se fue puliendo el dolor como una piedra que alojara la sinrazón criminal, capaz de acabar con la vida de un buen hombre como su padre, o de sacar de la cama a un moribundo, su tío abuelo, para darle el paseílo e impedir que muriese en la cama, por el simple motivo de no pisar la iglesia. Seve vivió todo esto a la edad en que se sueña con el primer amor.

Recordaba que durante los días posteriores al asesinato de su padre, más duro que el trabajo físico fue tener que aguantar las miradas inquisitorias de la «gentuza», decía ella, que las juzgaba con una superioridad moral que hacía compatible la misa diaria con el desprecio a los señalados.

Eran las hijas y los hijos de los rojos, y les resultaba irrespirable vivir allí después de los fusilamientos. A la mínima oportunidad, Severina Liras se trasladaría a Burgos y después a Valladolid, donde podrían acogerla unos amigos de la familia. Una carga menos, sus hermanos crecían. El pequeño, el que nació el 31 de marzo de 1937, tras la muerte de su padre y se llamó Gonzalo, como él, murió con dos años a causa de un brote de sarampión. Apenas tenían medicinas. La única salida para las chicas, por listas que fueran, era servir en las casas de los ricos o hacerse monjas. Así que Seve, en Burgos, pasó tres o cuatro años colaborando en las tareas de la casa y yendo al colegio, aunque, según sus propias palabras, ya sabía todo lo que una maestra podía enseñarle. Su padre, que tampoco quería verla en el campo, se había empeñado en que estudiara y cuando todavía vivía, le traía libros para que se formara. Cuando la maestra de Burgos le dijo a la madre que su hija sabía más que ella, le

propuso que la admitiera como ayudante. De allí por fin llegó a Valladolid, empleada en la casa del delegado de Hacienda. Y al cumplir los dieciocho, una amiga que servía en Barcelona le encontró un empleo similar. La gran ciudad la hechizó. Y en los días de descanso, salía con su amiga a ver el mar y a bailar. En el célebre Gran Price, una sala de fiestas con ring de boxeo, un híbrido natural en la época, conocería a su marido, Francisco Piqueras.